

A la espera

Akio Momijishima



Capítulo 1

A la espera

Desde algún lugar, en el día de la semana que hoy sea.

Estimada familia,

Para cuándo leáis esto, yo ya estaré muerta. No sé cuánto tiempo transcurrirá entre mi fallecimiento y la lectura de esta carta. Pero, me figuro que, por lo menos, habrán pasado los días necesarios para que mi cadáver comience a desprender un olor nauseabundo y moleste a los vecinos.

Si todo se ha desenvuelto tal como se lo especificué al señor notario, ahora mismo deberíais estar reunidos ante él en su despacho para escuchar mis últimas voluntades. Con su ayuda, ya he arreglado todos los asuntos pertinentes del testamento. Sin embargo, si no os importa demasiado, antes de nada, me gustaría aprovechar este inusual momento en el que estáis todos juntos para hablaros de un tema. Soy consciente de vuestras apretadas agendas anegadas en importantísimos compromisos. No obstante, me haría enormemente feliz que pudierais dejarlas un rato de lado y prestarme atención hasta el final. Quizás suene un tanto egocéntrico, pero de verdad creo que escuchar mis palabras os hará bien. Tomadlas como un consejo para el futuro. Dicho esto, permitidme que comience a relataros cómo se desarrollaron mis últimos años en este mundo.

Como ya sabéis, el abuelo murió hace ya más de dos décadas. Falleció de un cáncer pulmonar bastante joven para los tiempos que corrían. Fumaba demasiado. Yo siempre se lo comentaba. Le insté a dejarlo en numerosas ocasiones. Sin embargo, él era tan testarudo que, a pesar de que conocía de antemano el destino desdichado que aguardaba al final de aquel camino, lo siguió sin dudar. El abuelo no pensó en mí en ningún momento. Hizo caso omiso de todas mis recomendaciones y corrió hacia el más allá. Me gustaría odiarle por ello, pero no puedo. Le quiero demasiado.

Quizás sea por la edad y la experiencia que esta conlleva, pero he de admitir que el dolor de su muerte me abandonó con una velocidad

sorprendente y un poco preocupante. Por supuesto, él ha permanecido en mis pensamientos todo este tiempo y lo hará hasta mi último aliento. No obstante, tan solo unos meses después de que nos dejara, yo ya lo había asimilado y aceptado. «La vida es así», recuerdo que me dije a mí misma. En aquel entonces, ya podía mirar sus fotografías y el vacío que dejó en su sillón sin romper a llorar. A pesar de las circunstancias, decidí seguir adelante y no estancarme en el pasado. Si fui capaz de ello, fue gracias a vosotros. En aquellos días, aparecisteis en mi mente como un recuerdo lúcido. Vuestra imagen me ayudó a concienciarme de que no lo había perdido todo y que, a partir de ese momento, debía luchar por lo que aún me quedaba, tal como había hecho con el abuelo antes de su fallecimiento. Y así lo hice. Sin embargo, nunca esperé que, como respuesta a mi sacrificio, como legado del dolor de la muerte del abuelo, tan solo encontraría una profunda y execrable soledad.

Me doy cuenta ahora, en el momento que escribo estas humildes palabras, de que siempre he vivido a la espera de alguien o de algo. Las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida han estado dirigidas a un beneficio ajeno. Nunca al mío. Desde que tengo uso de razón, he leído el ambiente y he actuado en consecuencia. Como una imagen reflejada en un espejo, he esperado a los movimientos de los demás para poder realizar los míos.

Primero, durante mi niñez, viví a la espera de mis padres y de mis numerosos hermanos, tanto mayores como menores. Eran otros tiempos completamente diferentes a los actuales. Las mujeres no valíamos más que para parir y para limpiar. Mi madre, la pobre, y yo sufrimos lo que no está escrito en aquella casa plagada de hombres. Desde muy pequeña, yo me vi forzada a aprender todo acerca de las labores propias de las mujeres. Por este motivo, falté muchas veces a la escuela y tuve que renunciar a muchas otras cosas, como quedar con mis amigas o acudir a los bailes. Mis hermanos, en cambio, hacían lo que querían cuando querían. Mientras yo me mantenía dentro de la casa cocinando junto a mi madre, cosiendo trapos viejos o cuidando de los más pequeños, los mayores salían a jugar y a divertirse con sus amistades del vecindario. En aquella casa, yo era la última, la que debía obedecer todas y cada una de las órdenes y la que tenía que asumir todos los errores.

Después, cuando me casé al alcanzar la edad necesaria, viví a la espera de mi marido, el abuelo. En comparación a la etapa anterior, mi matrimonio fue como encontrar un oasis en medio del desierto. Si bien es cierto que tuve que desempeñar las mismas tareas en el hogar, gocé de muchas más libertades. De hija ascendí a esposa y, con el tiempo, a madre. No tardé demasiado en quedarme embarazada y comenzar a vivir también a la espera de algunos de vosotros, mis hijos. Desde aquel momento y hasta que os emancipasteis para formar una familia, tuve que soportar una doble carga muy pesada. Necesité desdoblarme y partirme la espalda para satisfacer todas vuestras necesidades. Pero, al final, creo

que lo conseguí. Fue realmente duro; sin embargo, no me arrepiento de haberos dedicado aquella etapa de mi vida. Sudé y sufrí, pero con un buen motivo.

Estos últimos años, en cambio, han sido extraños. Tras la muerte del abuelo, mi modo de vida cambió de forma drástica, ya que me quedé sin nada a lo que esperar. Yo, que hasta entonces había vivido siempre atenta a las exigencias de los demás, por primera vez me sentí libre de toda atadura. Mentiría si dijera que en un principio no estuve aliviada. No obstante, esta sensación de libertad, a largo plazo, terminó por destrozarme por dentro. La soledad que se cernió sobre mí tras el fallecimiento del abuelo me hundió en la más absoluta miseria. Presenciar cómo todas las personas que habían pautado mi camino desaparecían me dejó desorientada. A pesar de mis años, no tenía experiencia alguna en capitanear el barco llamado vida. Siempre fui una trabajadora de mantenimiento al servicio de los demás a bordo y, por ello, fallé a la hora de vivir sin seguir los pasos de otros.

Creedme, por favor, cuando os digo que toda mi existencia se tornó un verdadero infierno. Los primeros años de soledad fueron un poco más llevaderos. Sin embargo, cuando los agravios inherentes a la vejez me impidieron salir a la calle, al limitarme mi estabilidad y mi movilidad, me quise morir. De hecho, debo confesaros que, si hubiera contado con la juventud y las fuerzas necesarias, quizás habría escrito esta carta mucho antes.

Durante estos últimos años, levantarme de la cama cada día ha supuesto un reto muy complicado, puesto que lo único que me aguardaba más allá de mi habitación era una tediosa y solitaria rutina. No os podéis ni figurar lo que he llegado a hacer para intentar escapar de esta situación. He deshecho una vez tras otra mis jerséis de lana para volverlos a tejer a ganchillo. He rasgado los panfletos publicitarios que los repartidores introducían por debajo de mi puerta para poder coserlos y recomponerlos. Mientras cocinaba, he roto platos y vasos a propósito para entretenerme buscando todos y cada uno de los trozos esparcidos por el suelo. He rozado incluso la criminalidad al robarle el tiempo a personas inocentes. No lo sabéis, pero esta anciana demente y egoísta, desde hace bastante, ha fingido vender su casa con el fin de recibir visitas y mantener llamadas telefónicas que no se basaran en monosílabos. He hecho todo lo inimaginable para ganarle la partida al aburrimiento. Pero, aun así, jamás me he acercado ni un ápice a la victoria. La soledad es una entidad que te encierra en un laberinto cuya única salida tan solo se puede hallar con ayuda del exterior. He recorrido una infinidad de veces el camino correcto; sin embargo, al final, siempre me he topado con un muro infranqueable. Por este motivo, estos últimos años he permanecido a la espera de ese rescate externo, confinada entre las cuatro paredes de mi casa.

Si he podido resistir durante tanto tiempo en esta situación se debe, tal como he mencionado, a que anestesié mi mente con la creencia de que en cualquier momento todo podría cambiar. Valiéndome del mismo método que usé para superar el dolor ante el fallecimiento de mi marido, he vivido mis últimos días creyendo que de pronto la salida del laberinto aparecería y que entraríais todos juntos por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. He soñado todas y cada una de las noches con la llegada de ese reencuentro familiar. Y, por esa razón, he pasado mis días, de principio a fin, pegada a la ventana del salón, mirando el exterior desde el sillón del abuelo, a la espera.

Sin embargo, lamento informaros de que no llegaréis a tiempo. Por desgracia, no nos volveremos a ver nunca más, puesto que, mientras escribo estas palabras con mano trémula, noto el frío e ineludible aliento de la parca en mi nuca. Es ahora, al final, cuando me doy cuenta de que ese milagro que tanto llevo esperando no se obrará jamás, y que todo este tiempo me he engañado a mí misma para no aceptar que, desde que enviudé y heredé una triste soledad, en realidad he vivido a la espera de la muerte.

Soy consciente de que teníais vuestras propias preocupaciones y de que, debido a ello, no disponíais del tiempo suficiente para prestarme mucha atención. No estoy escribiendo esta carta para reprocharos nada. Pero, he de confesaros que me hubiera gustado ver, al menos una vez, a todos mis nietos reunidos alrededor de la mesa de mi comedor y ayudar, del mismo modo que hacía con los problemas económicos, con su crianza. El tiempo no perdona y ya es un poco tarde para remendar nuestros fallos del pasado. Por ello, me conformaré con que sepáis cómo ha vivido sus últimos días esta pobre vieja.

Tal como he especificado en el comienzo, mi único propósito con esta carta es que tengáis mis palabras en mente y que las toméis como un consejo para el futuro. Si algo se puede deducir de mi relato, es que mi modo de vida no fue el apropiado. Por ello, quisiera pedir, como hacía con el abuelo y su adicción al tabaco, que no cometáis los mismos errores que yo. No viváis a la espera ni de nada ni de nadie. Haced que la vida os espere a vosotros. No temáis a salir del camino trazado y emprended la marcha hacia nuevos e inexplorados horizontes. Trazad con vuestros pasos el itinerario y enseñad a hacer lo mismo, ya que yo no podré, a los que vendrán. Sed felices. Pero, sobre todo, vivid libres y en compañía.

Sin nada más en particular, me despido. Como siempre, os quiere,

la abuela.

P. D: En cuanto a la herencia, ya está todo arreglado. El señor notario os dará ahora los detalles. He repartido las propiedades y el dinero de mis ahorros en partes iguales. Confío en que sepáis aceptar mi decisión y administrarlo todo con cabeza. No entréis en conflictos innecesarios. Sería una lástima y me rompería el corazón que la familia se fragmentara por este tipo de cuestiones materiales.